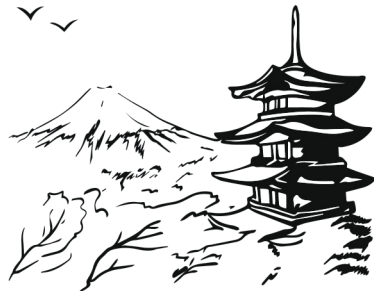




YASUKE

EL LEGENDARIO SAMURÁI AFRICANO DEL S.XVI



CHRIS HUNT

www.ediciones-licurgo.es



Para David

*Nubes de verano
La brisa encuentra
siempre su camino.*

Poema Haiku (Ass. s. XXI)



Índice

INTRODUCCIÓN	7
DONDE TODO COMENZÓ. IGNACIO DE LOYOLA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS.....	13
EL DESCUBRIMIENTO DE JAPÓN	21
EL PIONERO. FRANCISCO JAVIER.....	29
EL VIAJE A NAGASAKI	35
LA VIDA EN EL MAR.....	43
KUCHINOTSU	53
ALESSANDRO VALIGNANO.....	63
LA FORTALEZA HINOE	73
OMURA SUMITADA.....	81
EL SEMINARIO DE KUCHINOTSU	87
BUNGO	99
TAKAYAMA UKON.....	103
KIOTO.....	115
MOZAMBIQUE	121
NEGROS EN JAPÓN.....	135
ODA NOBUNAGA.....	141
EL ENCUENTRO.....	149
EL UMAZOROE.....	155
EL CASTILLO AZUCHI	163
BUSHIDO	173
SIRVIENDO A NOBUNAGA.....	181
GUERRA	189
SHINOBIS DE IGA	197
EL CLAN TAKEDA	207
EL MONTE FUJI	217
HONNO-JI	223
EL FIN DE UNA ERA	233
UN NUEVO COMIENZO.....	245
RYUZOJI	255
EL ÚLTIMO SAMURÁI.....	265
EL LEGADO DE YASUKE	281
EPÍLOGO	285
BIBLIOGRAFÍA.....	291
CARTOGRAFÍA	293





Introducción

*Lluvias de primavera
¡pobre de aquél
que nada escribe!*

Yosa Buson (poema haiku, s. XVIII).

Uerano de 1582. Oda Nobunaga, el primero de aquellos que más tarde se conocerían como los «tres grandes unificadores», estaba cerca de lograr lo imposible: acabar con la cultura del caos que había destruido aquellas tierras durante generaciones. Para acabar con el periodo de los «Estados en Guerra» solo había una opción, se trataba de someter a los daimyos bajo una sola autoridad. Nobunaga conocía mejor que nadie el hedor de la tierra quemada y los cadáveres en descomposición que los ejércitos dejaban a su paso en las continuas disputas provocadas por el afán de gloria y poder al que aspiraban los señores de la guerra. Había que acabar con todo aquello por el bien de Japón, no habría paz ni prosperidad si continuaba el horror, y si para ello era necesario emplear el único lenguaje conocido por todos, habría sangre y fuego.

Solo una fuerza arrolladora sería capaz de lograr lo que, por entonces, nadie se atrevía siquiera a soñar tras 150 años de conflictos (1467-1615), y alguien podía proporcionarle ese poder, los occidentales. Sin embargo, no fue lo único que le interesó de ellos...

Nobunaga estaba decidido a ser recordado por sus hazañas, y para ello no dudó en superar cualquier obstáculo. Tras la muerte de su padre, Oda Nobuhide, se deshizo de los aspirantes a dominar el clan que gobernaba la pequeña provincia de Owari. Sus hermanos corrieron la misma suerte que Imagawa Yoshimoto, uno de los tres poderosos daimyos que controlaban la extensa región de Tōkaidō. Su inesperada victoria frente a un ejército diez veces superior lo convirtió en uno de los señores más poderosos de Honshu,



YASUKE. *El legendario samurái africano del s. XVI*



NIEVE SOBRE MIYAJIMA, TSUCHIYA KOITSU (1870 – 1949).

la principal isla del archipiélago japonés, lo que aprovechó para acabar con el que se convertiría en el último shogun de la dinastía Ashikaga, Yoshiaki. Por entonces, la institución imperial había perdido su capacidad de gobierno hasta convertirse en una figura ceremonial, y Nobunaga rechazó deliberadamente el cargo. La única legitimidad que reconocerían los daimyos y le permitiría alcanzar su ambicioso objetivo era la fuerza, no los títulos.

Su habilidad para la estrategia y el desarrollo de las armas proporcionadas por los occidentales le permitió derrotar a sus enemigos uno tras otro, hasta que el fin de una era parecía vislumbrarse en el horizonte. Fue entonces cuando uno de sus más fieles colaboradores, el general Toyotomi Hideyoshi, reclamó su apoyo urgente para derrotar al clan Mori, que controlaba la provincia de Aki. La ayuda no tardaría, y Nobunaga decidió ordenar a otro de sus señores de confianza, Mitsuhide Akechi, que se adelantara con sus tropas. El líder del clan Oda partió tan pronto como le fue posible para dirigir la derrota de los odiados Mori, acompañado tan solo por un reducido número de tropas, convencido de que los ejércitos combinados de Hideyoshi y Akechi serían suficientes, mientras el grueso de sus tropas se preparaba para seguirle.



La comitiva se detuvo a descansar en el monasterio budista de Honno-ji, cerca de Kioto. El shogun albergaba un odio ancestral hacia los monjes budistas desde su infancia y no aceptó quedarse de buen grado. Su padre Nobuhide había fallecido repentinamente por una enfermedad sin que las plegarias de los monjes lograran salvarlo, por lo que su hijo no dudó un instante en dar rienda suelta a su ira castigándolos ferozmente. Conocido por su crueldad, los encerró en un templo sugiriéndoles que rezaran una vez más, en esta ocasión por sus vidas, mientras sus hombres disparaban los arcabuces, recién adquiridos a los occidentales, contra sus muros para animarles a poner más empeño. Su sello personal, unido a todos los documentos del reino, decía: «Someter el reino con fuerza militar», una frase que resume nítidamente su carácter. Años más tarde, algún tipo de presentimiento debió de sentir tras cruzar las puertas de aquel lugar, y no se equivocaba.

En plena noche, los soldados de Akechi rodearon el templo, se trataba de su única oportunidad para desatar el odio escondido que sentía por su señor y, por qué no, convertirse en el nuevo dominador de Japón. Cientos de samuráis rebeldes derribaron las puertas y arrasaron con todo. Nadie debía sobrevivir. Nobunaga, su reducida guardia, su séquito, su familia, incluso los monjes del templo, todos perecerían aquella noche, ya fuera por el fuego o la espada. Los gritos de los primeros caídos, el ruido de los mosquetes y el entrecuchar de las armas despertaron al resto de los residentes. Nobunaga, avisado de lo que sucedía, trató de resistir en las estancias interiores mientras sus hombres procuraban ganarle tanto tiempo como fuera posible a costa de sus vidas. No había escapatoria, y ya fuera accidental o deliberadamente, el fuego comenzó a extenderse sin control consumiendo todo a su paso. Akechi sabía que si su objetivo lograba escapar las consecuencias serían terribles.

Los soldados rebeldes no tardaron mucho en encontrarlo. Superaban a los defensores en cien a uno y lo rodearon fácilmente, pero ninguno de ellos fue capaz de acabar con su vida, pues se interpuso un samurái de piel oscura más alto que una torre. Las balas de los mosquetes silbaban entre las vigas de madera consumidas por el fuego, pero aquel demonio parecía de otro mundo, y lo era. La mayoría de los compañeros de Yasuke, ese era su nombre, habían caído, incluso su señor había resultado herido por una flecha, pero rendirse no era una opción aceptable para un samurái. Incapaces de superarlo, Akechi ordenó a sus tropas que abandonaran el templo antes de que colapsara, seguro de que el fuego terminaría el trabajo sin arriesgar las vidas de sus soldados.



Yasuke era ya famoso en aquellas lejanas tierras, no solo por la increíble extrañeza que causaba el color de su piel sino por haber sido capaz de convertirse en el único samurái africano que existió en Japón. Impresionado por su poderoso aspecto y destreza con las armas, Nobunaga lo convirtió en uno de sus más estrechos colaboradores como parte de su propia guardia de samuráis, y Yasuke estaba dispuesto a entregar su vida por su señor en agradecimiento por todo lo que le había ofrecido.

Quedaba poco tiempo y ninguna esperanza. Oda Nobunaga trató de poner a salvo a las mujeres de la familia convencido de que aquel traidor no se atrevería a matarlas, mientras se preparaba para lo inevitable. Yasuke acabó con los últimos samuráis de Akechi que aún trataban de superarlo sin obedecer las órdenes de su señor, ya que ejecutar al gran Nobunaga les otorgaría fama imperecedera. Yasuke emergió de entre las llamas para enfrentarlos sin vacilar un solo segundo, y no les permitió acercarse. Varios fueron incapaces de disimular su asombro ante tal guerrero del que solo conocían rumores esparcidos por los campamentos, otros tuvieron que echar mano de todo su coraje y experiencia para no dar un paso atrás cuando las piernas comenzaron a temblarles. Nunca se habían enfrentado a un hombre que semejava el color de su propia sombra, tan alto que sus cascos apenas le llegaban al pecho, y que se mostraba ante ellos lleno de cenizas y sangre de sus enemigos. Los samuráis de Akechi no esperaban aquella escena, sino solo quizás a unos pocos enemigos resueltos a inmolarse con su señor mientras temblaban de miedo ante la cercana muerte, pero ante ellos se alzaba una torre oscura como la noche cuyos ojos blancos se clavaron en sus espíritus cual lanzas, fiel reflejo de su determinación.

Ninguno conservó la vida, incapaces de superar el poder de aquel demonio de la noche. El que hasta hacía tan solo unas horas llegó a dominar casi todo Japón necesitaba tiempo para acometer el ritual del seppuku («suicidio»). No quedaba otra alternativa y, al menos, estaba decidido no solo a abandonar este mundo con honor, sino también a evitar que Akechi se llevara la gloria. Ese fue el último día de Yasuke junto al gran Oda Nobunaga. Su historia merece ser recordada no solo por las extraordinarias hazañas y vicisitudes que protagonizó aquel joven sirviente de la Compañía de Jesús esclavizado en Mozambique hasta convertirse en uno de los samuráis más reconocidos de Japón, sino por el ejemplo de superación y determinación que mostró al mundo. Aquel hombre había sobrevivido a los peores horrores que el convulso s. XVI podía ofrecerle, había viajado miles de millas a lo largo de



Chris Hunt

varios continentes entre gentes de innumerables culturas y, tras su nacimiento en una perdida aldea rural de Mozambique, acabó sus días junto al mayor líder que Japón había conocido en siglos. Yasuke fue capaz de superarlo todo, incluso su propio destino, hasta convertirse en leyenda.